lunes 14 de enero de 2002

REP

El ciclón amoroso

Por Rodrigo Fresán

Las grandes películas basadas en libros operan de manera extraña sobre el material original.

Está claro que –por lo general, es casi ciencia– el celuloide rara vez supera al papel y a la tinta: a lo sumo lo complementa y funciona como licor después de una comida.

Las excepciones –por excepcionales–suelen ser gloriosas. *Lo que el viento se llevó, Doctor Zhivago* y *El club de la pelea* y la más excepcional de todas: *El tercer hombre*, que primero fue gran película y luego tuvo que conformarse con ser muy buen libro de Graham Greene –guionista díscolo del film– marcado por los rostros de Orson Welles y Joseph Cotten.

En este paisaje, la adaptación que hizo Luchino Visconti de *El Gatopardo* del melancólico Giuseppe Tomasi di Lampedusa (publicada póstumamente en 1954 luego de múltiples rechazos y hoy considerada "una de las dos novelas italianas más importantes del siglo XX", no me pregunten cuál es la otra) es un caso atípico, extraño, casi único.

Su *rareza* tiene que ver con lo que decidió ver en el libro el director de cine Visconti y lo que decide filmar enfrentado a lo que decidió mostrar Lampedusa al lector.

La impresión es diferente, obvio, según el orden seguido: ¿primero ver la película y después ir a buscar la novela (como casi todos los lectores argentinos) o empezar por el libro y terminar por la risa carnívora de Claudia Cardinale?

Yo tuve la suerte –creo– de leer primero *El Gatopardo*, por lo que la película me funcionó como las páginas de ilustraciones que la novela no tenía.

La película me gustó, sí, pero no tanto como el libro.

La célebre secuencia del gran baile (que después revisarían de diferentes maneras los hijos de Italia y de Visconti de nombre Coppola, Scorsese y Cimino) me pareció exageradamente larga e innecesaria en comparación con las letras justas del libro (aunque Lancaster consiga en ella el milagro actoral de envejecer demasiados años en tan pocos minutos); no me emocioné –por que no estaban– con las disquisiciones astronómicas del Príncipe de Salina (en la pantalla aparece por ahí, apenas, un telescopio); no encontré la coda de Lampedusa donde se nos informa del destino final de la Familia; y, digan lo que digan, Alain Delon siempre me parecerá algo difícil de comprender.

Pero lo más grave de todo era que mi parte favorita de *El Gatopardo* de Lampedusa apenas aparecía en *El Gatopardo* de Visconti y estaba despojada del decadente erotismo siestero que me había producido y me sigue produciendo con el más excitante de los respetos.

Aquí está –el fragmento aparece en el índice de mi edición de *El Gatopardo* como "El ciclón del amor"– y aquí vienen Angelica y Tancredi arrastrados por el calor de su propio viento a través de las habitaciones secretas y olvidadas de Donnafugata.

El Gatopar

Por Giuseppe Tomasi di Lampedusa

La llegada de aquellos huéspedes tan gratos hizo que se postergara el retorno a Palermo; siguieron dos semanas deliciosas. Con la tempestad que había acompañado el viaje de los dos oficiales concluyó la racha del mal tiempo; luego vino el resplandeciente veranillo de San Martín que en Sicilia es la verdadera estación de la voluptuosidad: atmósfera diáfana y azul, oasis de dulzura en la dura sucesión de las estaciones, que con su suavidad seduce y extravía los sentidos y con su tibieza alienta secretas desnudeces. De desnudeces eróticas no cabía hablar en el caso del palacio de Donnafugata, pero sí de una intensa carga de sensualidad, tanto más punzante cuanto más reprimida. Ochenta años antes el palacio de los Salina había sido un refugio para los oscuros placeres a los que se entregó el agonizante siglo XVIII; pero la severa regencia de la princesa Carolina, el rebrote de la religiosidad durante la Restauración, el carácter sensual pero exento de malicia que distinguía al actual Don Fabrizio, habían borrado incluso la memoria de aquellos deslices fantasiosos; los diablillos de empolvadas pelucas habían tenido que huir a toda prisa; desde luego, no habían muerto, pero sólo existían en estado larval e hibernaban bajo montañas de polvo en algún ignoto desván perdido en la inmensidad del edificio. Como tal vez se recuerde, la llegada de Angelica había reanimado un poco a aquellas larvas; pero los instintos que estaban escondidos en la casa sólo despertaron realmente con la presencia de los dos jóvenes oficiales enamorados; ahora surgían por todas partes, como las hormigas que despiertan al calor del sol, sin su veneno quizá, pero más vivaces que nunca. La arquitectura, y la misma decoración rococó con sus curvas imprevistas, evocaban lánguidas caderas, erguidos pechos; cada puerta al abrirse crujía como una cortina de alcoba.

Cavriaghi estaba enamorado de Concetta; pero, a diferencia de Tancredi, no sólo tenía el aspecto de un chiquillo sino que lo era en realidad, y como tal desahogaba su amor en los fáciles ritmos de Prati y de Aleardi, soñando raptos al claro de luna, cuyas lógicas consecuencias no se atrevía a examinar; por lo demás, la sordera de Concetta pronto se encargaba de destruir aquellas fantasías. Quizá entre las verdes paredes de su cuarto esos anhelos adquiriesen una forma más concreta; lo cierto es que en la escenografía galante de aquel otoño de Donnafugata él sólo bosquejaba nubes y horizontes esfumados, sin llegar a concebir conjuntos arquitectónicos. En cambio, las otras dos muchachas, Carolina y Caterina, tocaban bastante bien su parte en la sinfonía de deseos que en aquellos días de Noviembre resonaba por todo el palacio confundiéndose con el murmullo de las fuentes, con el cocear de los caballos enardecidos en las cuadras y con el ruido persistente de las carcomas que excavaban sus nidos nupciales en los viejos muebles. Eran todo gracia y juventud y aunque nadie en particular se hubiera prendado de ellas, igual acababan atrapadas en la red de estímulos que envolvía a los otros; y a menudo el beso que Concetta le negaba a Cavriaghi, el abrazo de Angelica que dejaba insatisfecho a Tancredi, reverberaban en ellas, rozaban sus cuerpos virginales, y los sueños afluían hacia ellas, y ellas mismas a veces soñaban y sus cabellos se empapaban de un extraño sudor y sus labios dejaban escapar gemidos entrecortados. Hasta la pobre mademoiselle Dombreuil, a fuerza de oficiar de pararrayos, fue atraída por aquel tumultuoso torbellino de entusiasmo, como cuando el psiquiatra se contagia y sucumbe al delirio de sus pacientes; después de un día dedicado a perseguirlos, a espiarlos, siempre en aras de la moral y la decencia, la infeliz, echada al fin sobre su lecho solitario, se palpaba los marchitos senos y su murmullo era una confusa, común invocación a Tancredi, a Carlo, a Fabrizio...

El centro y el motor de aquella exaltación sensual era, naturalmente, la pareja Tancredi-Angelica. La boda, segura aunque no próxima, proyectaba ya una sombra tranquilizadora sobre la tierra calcinada de sus recíprocos deseos; la diferencia de clases hacía que don Calogero aceptara que los jóvenes se encontrasen a solas tanto tiempo, porque creía que así se estilaba entre los nobles, y hacía también que a la princesa María Stella le parecieran normales en gente como los Sedara esas visitas tan asiduas de Angelica y cierta libertad de conducta de la muchacha, que en sus propias hijas hubiese considerado indecorosas; así fue como las visitas de Angelica al palacio se volvieron cada vez más frecuentes, hasta que llegaron a ser casi perpetuas, y si bien llegaba siempre acompañada, aquello era una mera formalidad porque, cuando venía con el padre, éste no tardaba en dirigirse a la Administración para descubrir (o tejer) tramas ocultas, mientras que a la doncella la perdía muy pronto en la antecocina donde pasaba todo el tiempo bebiendo café y amargando a los pobres criados.

Tancredi quería que Angelica conociese todo el palacio, con su inextricable maraña de habitaciones para huéspedes –viejas y nuevas–, salas de recepción, cocinas, capillas, teatros, galerías de pintura, cocheras que olían a cuero, cuadras, tórridos invernaderos, corredores, pasadizos, escalerillas, pórticos y pequeñas azoteas, y sobre todo una serie de aposentos abandonados y desiertos desde hacía muchos lustros, que formaban un complicado y misterioso laberinto. Tancredi no se daba cuenta (o quizá se daba perfecta cuenta) de que con ello estaba arrastrando a la muchacha hacia el centro secreto de ese ciclón de sensualidad, y Angelica, en aquel tiempo, se plegaba gustosa a los deseos de Tancredi. Las correrías a través del inmenso edificio parecían interminables; era como partir hacia una tierra desconocida; desconocida, sí, porque en muchos de esos aposentos abandonados ni siquiera Don Fabrizio había entrado jamás, hecho éste que por cierto no dejaba de encantarle ya que, como solía decir, un palacio del que se conocen todas las habitaciones no constituye una morada digna. Los dos enamorados se embarcaban hacia Citera, y su nave estaba hecha de cuartos oscuros y cuartos soleados, de estancias fastuosas o miserables, vacías u ocupadas por una mezcolanza de muebles en desuso. Partían acompañados por mademoiselle Dombreuil o por Cavriaghi (el padre Pirrone, con la sagacidad propia de su Orden, siempre se negaba), a veces por ambos; al menos exteriormente, la decencia quedaba a salvo. Pero en el palacio no era difícil deshacerse de quien pretendiera seguirlos: bastaba con tomar por un corredor (los había larguísimos, estrechos y sinuosos, con ventanucos enrejados; tan llenos de recodos que una vez allí era imposible no sentir angustia),

Las correrías a través del inmenso edificio parecían interminables; era como partir hacia una tierra desconocida...

meterse luego en una galería, subir por una discreta escalerilla, y los jóvenes conseguían perderse en una remota, invisible soledad de isla desierta. Los únicos que hubiesen podido espiarlos eran un descolorido retrato al pastel que la inexperiencia del pintor había creado sin mirada, y, en el fresco del techo, ya borrado, una pastorcilla dispuesta a cerrar gentilmente los ojos. Cavriaghi, por lo demás, se cansaba en seguida y tan pronto como surgía en su camino un sitio conocido o una escalerilla que bajaba al jardín se escabullía, tanto para complacer a su amigo como para ir a contemplar, entre suspiros, las heladas manos de Concetta. La gobernanta resistía más, pero acababa renunciando; durante un rato se oían, cada vez más lejanas, sus llamadas: *"Tancrède, Angelicà, où êtes-vous?"*, que nunca obtenían respuesta. Luego todo se hundía en un silencio sólo quebrado por el galope de las ratas en el techo o el ruido de una carta centenaria que el viento arrastraba por el piso: otras tantas ocasiones para avivar deseados temores, para calmarlos entre los brazos solícitos. Y Eros, malicioso y tenaz, siempre estaba junto a los novios, dispuesto a envolverlos en la magia azarosa de su juego. Ambos apenas habían dejado de ser niños y el juego mismo aún los colmaba de placer: gozaban persiguiéndose, perdiéndose, encontrándose; pero cuando al final se alcanzaban, sus sentidos excitados irrumpían en escena, y cuando los cinco dedos de él se entrecruzaban con los de ella –gesto típico de la sensualidad indecisa– y en el dorso de la mano las yemas rozaban suavemente las pálidas venas, ambos sentían una profunda turbación que preludiaba caricias más audaces. En cierta ocasión, ella fue a esconderse detrás de un enorme cuadro que estaba apoyado sobre el suelo; durante un rato, *Arturo Corbera en el sitio de Antioquía* cobijó la anhelante ansiedad de la muchacha, que, sin embargo, al ser descubierta, con los sonrientes labios cubiertos de telarañas y las manos envueltas en una capa de polvo, dejó que aquellos brazos la estrecharan y demoró una eternidad en decir: "No, Tancredi, no", negativa que en realidad era una invitación porque hasta entonces él no había hecho más que contemplar con sus ojos azules el intenso verdor de los de ella. Otra vez, una mañana luminosa y fría, la muchacha temblaba bajo el vestido aún veraniego, y en un diván cubierto con una tela hecha jirones, él la atrajo hacia sí para darle calor; el aliento perfumado alborotó los cabellos que caían sobre su frente; fueron instantes extáticos y dolorosos en los que el deseo se volvió tormento, y la represión delicia.

En aquellos apartamentos abandonados, las habitaciones carecían de fisonomía precisa y de nombre; los jóvenes bautizaban los lugares por los que iban pasando; como los descubridores del Nuevo Mundo, se inspiraban en lo que les había sucedido en cada sitio: a un vasto dormitorio en cuya alcoba se veía el espectro de un lecho de baldaquino adornado con mustias plumas de avestruz, lo llamaron "el cuarto del fasto alicaído"; una escalerilla de lisos y agrietados peldaños de pizarra fue para Tancredi "la escalerilla del resbalón feliz". Más de una vez acabaron sin saber dónde se hallaban: a fuerza de dar vueltas, de retroceder, de perseguirse, de demorarse largamente en cualquier sitio, absortos en un mar de susurros y caricias, terminaban perdiendo la orientación y tenían que asomarse a una de las ventanas sin cristal para tratar de averiguar, por el aspecto de un patio o por la perspectiva del jardín, en qué ala del palacio se encontraban. Sin embargo, a veces tampoco así lograban descubrirlo, porque la ventana no daba a uno de los grandes patios sino a un patiecillo interior, también él anónimo y hasta entonces nunca visto, cuya única marca distintiva era el cadáver descompuesto de algún gato o el habitual montoncito de pastas con salsa de tomate, vomitado o arrojado desde una de aquellas habitaciones; y lo único que descubrían era la mirada de una sirvienta jubilada que los estaba espiando desde otra ventana. Cierta tarde, en una cómoda a la que le faltaba una pata, encontraron cuatro *carillons*:

El Gatopardo

Por Giuseppe Tomasi di Lampedusa

La llegada de aquellos huéspedes tan gratos hizo que se postergara el retorno a Palermo; siguieron dos semanas deliciosas. Con la tempestad que había acompañado el viaje de los dos oficiales concluyó la racha del mal tiempo; luego vino el resplandeciente veranillo de San Martín que en Sicilia es la verdadera estación de la voluptuosidad: atmósfera diáfana y azul, oasis de dulzura en la dura sucesión de las estaciones, que con su suavidad seduce y extravía los sentidos y con su tibieza alienta secretas desnudeces. De desnudeces eróticas no cabía hablar en el caso del palacio de Donnafugata, pero sí de una intensa carga de sensualidad, tanto más punzante cuanto más reprimida. Ochenta años antes el palacio de los Salina había sido un refugio para los oscuros placeres a los que se entregó el agonizante siglo XVIII; pero la severa regencia de la princesa Carolina, el rebrote de la religiosidad durante la Restauración, el carácter sensual pero exento de malicia que distinguía al actual Don Fabrizio, habían borrado incluso la memoria de aquellos deslices fantasiosos; los diablillos de empolvadas pelucas habían tenido que huir a toda prisa; desde luego, no habían muerto, pero sólo existían en estado larval e hibernaban bajo montañas de polvo en algún ignoto desván perdido en la inmensidad del edificio. Como tal vez se recuerde, la llegada de Angelica había reanimado un poco a aquellas larvas; pero los instintos que estaban escondidos en la casa sólo despertaron realmente con la presencia de los dos jóvenes oficiales enamorados; ahora surgían por todas partes, como las hormigas que despiertan al calor del sol, sin su veneno quizá, pero más vivaces que nunca. La arquitectura, y la misma decoración rococó con sus curvas imprevistas, evocaban lánguidas caderas, erguidos pechos; cada puerta al abrirse crujía como una cortina de alcoba.

Cavriaghi estaba enamorado de Concetta; pero, a diferencia de Tancredi, no sólo tenía el aspecto de un chiquillo sino que lo era en realidad, y como tal desahogaba su amor en los fáciles ritmos de Prati y de Aleardi, soñando raptos al claro de luna, cuyas lógicas consecuencias no se atrevía a examinar; por lo demás, la sordera de Concetta pronto se encargaba de destruir aquellas fantasías. Quizá entre las verdes paredes de su cuarto esos anhelos adquiriesen una forma más concreta; lo cierto es que en la escenografía galante de aquel otoño de Donnafugata él sólo bosquejaba nubes y horizontes esfumados, sin llegar a concebir conjuntos arquitectónicos. En cambio, las otras dos muchachas, Carolina y Caterina, tocaban bastante bien su parte en la sinfonía de deseos que en aquellos días de Noviembre resonaba por todo el palacio confundiéndose con el murmullo de las fuentes, con el cocear de los caballos enardecidos en las cuadras y con el ruido persistente de las carcomas que excavaban sus nidos nupciales en los viejos muebles. Eran todo gracia y juventud y aunque nadie en particular se hubiera prendado de ellas, igual acababan atrapadas en la red de estímulos que envolvía a los otros; y a menudo el beso que Concetta le negaba a Cavriaghi, el abrazo de Angelica que dejaba insatisfecho a Tancredi, reverberaban en ellas, rozaban sus cuerpos virginales, y los sueños afluían hacia ellas, y ellas mismas a veces soñaban y sus cabellos se empapaban de un extraño sudor y sus labios dejaban escapar gemidos entrecortados. Hasta la pobre mademoiselle Dombreuil, a fuerza de oficiar de pararrayos, fue atraída por aquel tumultuoso torbellino de entusiasmo, como cuando el psiquiatra se contagia y sucumbe al delirio de sus pacientes; después de un día dedicado a perseguirlos, a espiarlos, siempre en aras de la moral y la decencia, la infeliz, echada al fin sobre su lecho solitario, se palpaba los marchitos senos y su murmullo era una confusa, común invocación a Tancredi, a Carlo, a Fabrizio...

El centro y el motor de aquella exaltación sensual era, naturalmente, la pareja Tancredi-Angelica. La boda, segura aunque no próxima, proyectaba ya una sombra tranquilizadora sobre la tierra calcinada de sus recíprocos deseos; la diferencia de clases hacía que don Calogero aceptara que los jóvenes se encontrasen a solas tanto tiempo, porque creía que así se estilaba entre los nobles, y hacía también que a la princesa María Stella le parecieran normales en gente como los Sedara esas visitas tan asiduas de Angelica y cierta libertad de conducta de la muchacha, que en sus propias hijas hubiese considerado indecorosas; así fue como las visitas de Angelica al palacio se volvieron cada vez más frecuentes, hasta que llegaron a ser casi perpetuas, y si bien llegaba siempre acompañada, aquello era una mera formalidad porque, cuando venía con el padre, éste no tardaba en dirigirse a la Administración para descubrir (o tejer) tramas ocultas, mientras que a la doncella la perdía muy pronto en la antecocina donde pasaba todo el tiempo bebiendo café y amargando a los pobres criados.

Tancredi quería que Angelica conociese todo el palacio, con su inextricable maraña de habitaciones para huéspedes –viejas y nuevas–, salas de recepción, cocinas, capillas, teatros, galerías de pintura, cocheras que olían a cuero, cuadras, tórridos invernaderos, corredores, pasadizos, escalerillas, pórticos y pequeñas azoteas, y sobre todo una serie de aposentos abandonados y desiertos desde hacía muchos lustros, que formaban un complicado y misterioso laberinto. Tancredi no se daba cuenta (o quizá se daba perfecta cuenta) de que con ello estaba arrastrando a la muchacha hacia el centro secreto de ese ciclón de sensualidad, y Angelica, en aquel tiempo, se plegaba gustosa a los deseos de Tancredi. Las correrías a través del inmenso edificio parecían interminables; era como partir hacia una tierra desconocida; desconocida, sí, porque en muchos de esos aposentos abandonados ni siquiera Don Fabrizio había entrado jamás, hecho éste que por cierto no dejaba de encantarle ya que, como solía decir, un palacio del que se conocen todas las habitaciones no constituye una morada digna. Los dos enamorados se embarcaban hacia Citera, y su nave estaba hecha de cuartos oscuros y cuartos soleados, de estancias fastuosas o miserables, vacías u ocupadas por una mezcolanza de muebles en desuso. Partían acompañados por mademoiselle Dombreuil o por Cavriaghi (el padre Pirrone, con la sagacidad propia de su Orden, siempre se negaba), a veces por ambos; al menos exteriormente, la decencia quedaba a salvo. Pero en el palacio no era difícil deshacerse de quien pretendiera seguirlos: bastaba con tomar por un corredor (los había larguísimos, estrechos y sinuosos, con ventanucos enrejados; tan llenos de recodos que una vez allí era imposible no sentir angustia),

Las correrías a través del inmenso edificio parecían interminables; era como partir hacia una tierra desconocida...

meterse luego en una galería, subir por una discreta escalerilla, y los jóvenes conseguían perderse en una remota, invisible soledad de isla desierta. Los únicos que hubiesen podido espiarlos eran un descolorido retrato al pastel que la inexperiencia del pintor había creado sin mirada, y, en el fresco del techo, ya borrado, una pastorcilla dispuesta a cerrar gentilmente los ojos. Cavriaghi, por lo demás, se cansaba en seguida y tan pronto como surgía en su camino un sitio conocido o una escalerilla que bajaba al jardín se escabullía, tanto para complacer a su amigo como para ir a contemplar, entre suspiros, las heladas manos de Concetta. La gobernanta resistía más, pero acababa renunciando; durante un rato se oían, cada vez más lejanas, sus llamadas: *"Tancrède, Angelicà, où êtes-vous?"*, que nunca obtenían respuesta. Luego todo se hundía en un silencio sólo quebrado por el galope de las ratas en el techo o el ruido de una carta centenaria que el viento arrastraba por el piso: otras tantas ocasiones para avivar deseados temores, para calmarlos entre los brazos solícitos. Y Eros, malicioso y tenaz, siempre estaba junto a los novios, dispuesto a envolverlos en la magia azarosa de su juego. Ambos apenas habían dejado de ser niños y el juego mismo aún los colmaba de placer: gozaban persiguiéndose, perdiéndose, encontrándose; pero cuando al final se alcanzaban, sus sentidos excitados irrumpían en escena, y cuando los cinco dedos de él se entrecruzaban con los de ella –gesto típico de la sensualidad indecisa– y en el dorso de la mano las yemas rozaban suavemente las pálidas venas, ambos sentían una profunda turbación que preludiaba caricias más audaces. En cierta ocasión, ella fue a esconderse detrás de un enorme cuadro que estaba apoyado sobre el suelo; durante un rato, *Arturo Corbera en el sitio de Antioquía* cobijó la anhelante ansiedad de la muchacha, que, sin embargo, al ser descubierta, con los sonrientes labios cubiertos de telarañas y las manos envueltas en una capa de polvo, dejó que aquellos brazos la estrecharan y demoró una eternidad en decir: "No, Tancredi, no", negativa que en realidad era una invitación porque hasta entonces él no había hecho más que contemplar con sus ojos azules el intenso verdor de los de ella. Otra vez, una mañana luminosa y fría, la muchacha temblaba bajo el vestido aún veraniego, y en un diván cubierto con una tela hecha jirones, él la atrajo hacia sí para darle calor; el aliento perfumado alborotó los cabellos que caían sobre su frente; fueron instantes extáticos y dolorosos en los que el deseo se volvió tormento, y la represión delicia.

En aquellos apartamentos abandonados, las habitaciones carecían de fisonomía precisa y de nombre; los jóvenes bautizaban los lugares por los que iban pasando; como los descubridores del Nuevo Mundo, se inspiraban en lo que les había sucedido en cada sitio: a un vasto dormitorio en cuya alcoba se veía el espectro de un lecho de baldaquino adornado con mustias plumas de avestruz, lo llamaron "el cuarto del fasto alicaído"; una escalerilla de lisos y agrietados peldaños de pizarra fue para Tancredi "la escalerilla del resbalón feliz". Más de una vez acabaron sin saber dónde se hallaban: a fuerza de dar vueltas, de retroceder, de perseguirse, de demorarse largamente en cualquier sitio, absortos en un mar de susurros y caricias, terminaban perdiendo la orientación y tenían que asomarse a una de las ventanas sin cristal para tratar de averiguar, por el aspecto de un patio o por la perspectiva del jardín, en qué ala del palacio se encontraban. Sin embargo, a veces tampoco así lograban descubrirlo, porque la ventana no daba a uno de los grandes patios sino a un patiecillo interior, también él anónimo y hasta entonces nunca visto, cuya única marca distintiva era el cadáver descompuesto de algún gato o el habitual montoncito de pastas con salsa de tomate, vomitado o arrojado desde una de aquellas habitaciones; y lo único que descubrían era la mirada de una sirvienta jubilada que los estaba espiando desde otra ventana. Cierta tarde, en una cómoda a la que le faltaba una pata, encontraron cuatro *carillons*: esas cajas de música que reflejaban tan bien el gusto ingenuo y afectado del siglo XVIII. Tres de ellas, cubiertas de polvo y telarañas, permanecieron mudas; pero la cuarta, más reciente, mejor guardada en el cofrecillo de madera oscura, puso en movimiento su cilindro de cobre erizado de puntas y las lengüetas de acero al levantarse emitieron de pronto una musiquilla grácil, de agudos timbres argentinos: el famoso *Carnaval de Venecia*; al compás de aquella tonada festiva y melancólica los jóvenes se besaron una y otra vez, y cuando el abrazo fue perdiendo intensidad comprobaron sorprendidos que hacía mucho que la música había dejado de sonar y supieron que sólo los ecos de aquella espectral melodía en la memoria habían seguido escondiendo sus caricias.

En otra ocasión la sorpresa fue distinta. En una de las habitaciones antaño reservadas a los huéspedes descubrieron una puerta oculta tras un armario; la centenaria cerradura no tardó en ceder ante el asalto de aquellos dedos que gozaban entrelazándose y frotándose en el intento de forzarla: al otro lado, una escalera larga y estrecha desplegaba en suaves curvas sus peldaños de mármol rosado. En lo alto había otra puerta, abierta, tapizada con un espeso acolchado ya deshecho, y luego un apartamentito encantador pero raro, seis pequeños cuartos alrededor de un salón de discretas dimensiones, todos ellos y el salón con el piso de blanquísimas baldosas de mármol dispuestas en ligera pendiente hacia un canalillo lateral. En los techos, bajos, extrañas decoraciones de estuco coloreado que afortunadamente la humedad había vuelto irreconocibles; en las paredes grandes espejos sorprendidos, colgados demasiado cerca del piso: uno de ellos roto de un golpe casi en el centro, todos con el típico candelero retorcido del siglo XVIII; las ventanas daban a un patiecillo aislado, una especie de pozo ciego y sordo que vertía su luz gris a través de aquellas únicas aberturas. En todos los cuartos, y también en el salón, había amplios, amplísimos divanes de cuyos forros de seda, arrancados, sólo quedaban vestigios atrapados entre las tachuelas; en los respaldos se veían rastros de salpicaduras; en el mármol de las chimeneas, delicadas esculturas, paroxismo de cuerpos desnudos, confundidos, que manos furiosas habían martirizado y mutilado a martillazos. La humedad había manchado las paredes cerca del techo y, al parecer, también más abajo, a la altura del hombre, donde había adquirido configuraciones extrañas, tonalidades oscuras, espesores insólitos. Inquieto, Tancredi no quiso que Angelica tocase un armario empotrado que había en el salón; al abrirlo descubrió que era muy profundo y contenía multitud de objetos extraños: rollitos de cuerda de seda, muy delgada; cajitas de plata con decoraciones impúdicas, que en la parte de abajo tenían diminutas etiquetas donde figuraban, preciosamente caligrafiadas, indicaciones tan enigmáticas como las siglas que podían leerse en los frascos de las farmacias: "Estr. catch." "Tirchstram." "Part-opp."; botellines cuyo contenido se había evaporado; un rollo de tela sucia, apoyado en un rincón; dentro, un manojo de pequeños látigos, azotes de verga de buey; algunos tenían mango de plata, otros estaban cubiertos hasta la mitad por graciosos forros de seda muy gastada, blanca con rayitas azules, en la que se veían tres filas de manchas negruzcas; instrumentos metálicos de uso desconocido. Tancredi sintió miedo, hasta de sí mismo; se dio cuenta de que había llegado al núcleo secreto, al centro de irradiación de los impulsos carnales del palacio. "Vámonos, querida, aquí no hay nada interesante." Cerraron bien la puerta, bajaron en silencio la escalera, corrieron de nuevo el armario; el resto del día los besos de Tancredi fueron leves, como si estuviese dándoselos en sueños, como si tuviera una culpa que purgar.

En realidad, después del Gatopardo, el látigo parecía ser el objeto más corriente en Donnafugata. Al otro día de haber descubierto el misterioso apartamentito, los dos enamorados se toparon con un látigo de muy distinta clase. De hecho, no lo encontraron en los apartamentos desconocidos, sino en un sitio venerado, las habitaciones del "Duque Santo", situadas en la parte más remota del palacio. Allí, a mediados del siglo XVII, un Salina se había retirado como en una especie de convento privado, para hacer penitencia y preparar su propio itinerario hacia el Cielo. Eran habitaciones estrechas, de techo bajo, con humildes baldosas de arcilla y paredes enjalbegadas, como en las casas de campesinos más pobres. La última daba a un pequeño balcón desde donde podía contemplarse un paisaje ilimitado de feudos que se extendían bajo la claridad melancólica. En una pared había un inmenso Crucifijo más grande que el original: la cabeza del Dios martirizado tocaba el techo, los pies ensangrentados rozaban el suelo: la herida del flanco parecía una boca a la que brutalmente le hubiesen impedido pronunciar las últimas palabras salvadoras. Junto al cadáver divino, colgando de un clavo, un látigo de cuyo corto mango partían seis tiras de cuero ya endurecido, con seis bolas de plomo en los extremos, gruesas como avellanas. Era la "disciplina" del Duque Santo. En aquella habitación Giuseppe Corbera, duque de Salina, se daba azotes en presencia de su Dios y de su feudo, y debía de parecerle que las gotas de sangre lloverían sobre las tierras para redimirlas; en su violenta devoción, debía de pensar que sólo ese bautismo expiatorio las haría realmente suyas, sangre de su sangre, carne de su carne, como suele decirse. Pero, en cambio, las habían ido perdiendo: muchas de las que ahora contemplaban tenían otros dueños, don Calogero entre ellos; don Calogero, o sea Angelica y, por tanto, el hijo que vendría. Al pensar en esa redención por la belleza, paralela a la otra redención por la sangre, Tancredi sintió una especie de vértigo. Arrodillada, Angelica besaba los perforados pies de Cristo. "Mira, tú eres como ese trasto; sirves para lo mismo." Y señalaba la disciplina: luego, al ver que Angelica no entendía y, bella pero torpe, alzaba la cabeza sonriendo, se inclinó y así como estaba le dio un beso tan violento que, al herirla en el labio y rasparle el paladar, le arrancó un gemido.

Así pasaban los días, errando en un mundo de ensueño, descubriendo infiernos que luego redimía el amor, encontrando paraísos perdidos que después el mismo amor profanaba; ambos sentían la apremiante tentación de concluir el juego y embolsar sin más la ganancia; al final ya no exploraban: se dirigían en silencio hacia las habitaciones más apartadas, donde hubiesen podido gritar sin riesgo de ser oídos; pero en vez de gritos sólo habría ardientes súplicas y sollozos apagados. O ni siquiera eso, pues todo lo que hacían era permanecer allí, abrazados e inocentes, compadeciéndose el uno al otro. En las habitaciones antaño reservadas a los huéspedes era donde más peligro corrían: aisladas, mejor provistas, cada una con su espléndida cama y su colchón enrollado, que hubiese podido extenderse de un solo manotazo... Cierto día en que, no el cerebro de Tancredi, que en eso no pintaba para nada, sino su sangre toda había decidido acabar de una vez –aquella misma mañana Angelica, la muy pícara, le había dicho: "Soy tu novicia", evocando en su memoria con la nitidez de una invitación la primera oportunidad en que los deseos de ambos se habían encontrado–, y cuando ya la mujer, tras dejarse despeinar, se le entregaba, cuando ya el varón estaba a punto de eclipsar al hombre, el fragor de la gran campana de la iglesia pareció desplomarse sobre los cuerpos que yacían temblorosos, volcando en ellos sus propias vibraciones; una sonrisa vino entonces a separar las confundidas bocas; los jóvenes recobraron el dominio de sí mismos; Tancredi partiría al día siguiente.

Aquéllos fueron los mejores días de la vida de Tancredi, los mejores también de la de Angelica, esas vidas que luego serían tan agitadas, tan pecaminosas, sobre el inevitable fondo de dolor. Pero entonces lo ignoraban y corrían hacia un futuro que consideraban más concreto aunque más tarde resultaría tan inconsistente como el viento o la humareda. Desde la inútil sabiduría de la vejez a menudo evocaron con nostalgia aquellos días: habían sido los días del deseo siempre presente porque siempre derrotado, de los lechos que tantas veces se les habían ofrecido y ellos habían acabado rechazando, del estímulo sensual que precisamente al ser inhibido por un instante se había sublimado en renuncia, es decir en amor verdadero. Fueron los días en que se preparaban para aquel matrimonio que, también en lo erótico, fracasaría; pero la preparación misma se plasmó como algo aparte, una experiencia deliciosa y breve: como esas sinfonías que perduran cuando las óperas han caído en el olvido, y que, en su alegría velada de pudor, contienen, apenas bosquejadas, todas las arias que luego en la ópera se desplegarán sin elegancia y acabarán malográndola.

Cuando, después de aquel exilio en el universo de los vicios extintos, las virtudes olvidadas y, sobre todo, el deseo perenne, Angelica y Tancredi regresaban al mundo de los vivos, se les dispensaba una acogida tan benevolente como irónica. "Pues sí que sois tontos, chicos; ir a meterse entre todo ese polvo. Tú, Tancredi, mira cómo te has puesto", decía sonriendo Don Fabrizio; y el sobrino iba a hacerse cepillar la ropa. Cavriaghi, sentado a horcajadas en una silla, fumaba con aire compungido un Virginia mientras su amigo se lavaba la cara y el cuello y resoplaba contrariado al ver que el agua se volvía negra como carbón. "Claro que sí, Falconeri: la señorita Angelica es la 'chavala' más bella que jamás he conocido; pero eso no te justifica. ¡Santo Dios, a ver si os calmáis un poco! Hoy habéis pasado tres horas solos; si tan enamorados estáis, casaos ya y dejad de hacer el ridículo. ¡Si hubieras visto la cara que puso hoy el padre cuando, al salir de la administración, se enteró de que aún estabais navegando en ese océano de habitaciones! ¡Frenos, amigo mío, eso es lo que necesitáis, y falta que os hacen a vosotros los Sicilianos!".

En aquellos apartamentos abandonados, las habitaciones carecían de fisonomía precisa y de nombre; los jóvenes bautizaban los lugares por los que iban pasando; como los descubridores del Nuevo Mundo.

De *El Gatopardo* (Edhasa) Se agradece la colaboración de la librería La Central (Barcelona): www.lacentral.com - informacio@lacentral.com

rdo

esas cajas de música que reflejaban tan bien el gusto ingenuo y afectado del siglo XVIII. Tres de ellas, cubiertas de polvo y telarañas, permanecieron mudas; pero la cuarta, más reciente, mejor guardada en el cofrecillo de madera oscura, puso en movimiento su cilindro de cobre erizado de puntas y las lengüetas de acero al levantarse emitieron de pronto una musiquilla grácil, de agudos timbres argentinos: el famoso *Carnaval de Venecia*; al compás de aquella tonada festiva y melancólica los jóvenes se besaron una y otra vez, y cuando el abrazo fue perdiendo intensidad comprobaron sorprendidos que hacía mucho que la música había dejado de sonar y supieron que sólo los ecos de aquella espectral melodía en la memoria habían seguido escondiendo sus caricias.

En otra ocasión la sorpresa fue distinta. En una de las habitaciones antaño reservadas a los huéspedes descubrieron una puerta oculta tras un armario; la centenaria cerradura no tardó en ceder ante el asalto de aquellos dedos que gozaban entrelazándose y frotándose en el intento de forzarla: al otro lado, una escalera larga y estrecha desplegaba en suaves curvas sus peldaños de mármol rosado. En lo alto había otra puerta, abierta, tapizada con un espeso acolchado ya deshecho, y luego un apartamentito encantador pero raro, seis pequeños cuartos alrededor de un salón de discretas dimensiones, todos ellos y el salón con el piso de blanquísimas baldosas de mármol dispuestas en ligera pendiente hacia un canalillo lateral. En los techos, bajos, extrañas decoraciones de estuco coloreado que afortunadamente la humedad había vuelto irreconocibles; en las paredes grandes espejos sorprendidos, colgados demasiado cerca del piso: uno de ellos roto de un golpe casi en el centro, todos con el típico candelero retorcido del siglo XVIII; las ventanas daban a un patiecillo aislado, una especie de pozo ciego y sordo que vertía su luz gris a través de aquellas únicas aberturas. En todos los cuartos, y también en el salón, había amplios, amplísimos divanes de cuyos forros de seda, arrancados, sólo quedaban vestigios atrapados entre las tachuelas; en los respaldos se veían rastros de salpicaduras; en el mármol de las chimeneas, delicadas esculturas, paroxismo de cuerpos desnudos, confundidos, que manos furiosas habían martirizado y mutilado a martillazos. La humedad había manchado las paredes cerca del techo y, al parecer, también más abajo, a la altura del hombre, donde había adquirido configuraciones extrañas, tonalidades oscuras, espesores insólitos. Inquieto, Tancredi no quiso que Angelica tocase un armario empotrado que había en el salón; al abrirlo descubrió que era muy profundo y contenía multitud de objetos extraños: rollitos de cuerda de seda, muy delgada; cajitas de plata con decoraciones impúdicas, que en la parte de abajo tenían diminutas etiquetas donde figuraban, preciosamente caligrafiadas, indicaciones tan enigmáticas como las siglas que podían leerse en los frascos de las farmacias: "Estr. catch." "Tirchstram." "Part-opp."; botellines cuyo contenido se había evaporado; un rollo de tela sucia, apoyado en un rincón; dentro, un manojo de pequeños látigos, azotes de verga de buey; algunos tenían mango de plata, otros estaban cubiertos hasta la mitad por graciosos forros de seda muy gastada, blanca con rayitas azules, en la que se veían tres filas de manchas negruzcas; instrumentos metálicos de uso desconocido. Tancredi sintió miedo, hasta de sí mismo; se dio cuenta de que había llegado al núcleo secreto, al centro de irradiación de los impulsos carnales del palacio. "Vámonos, querida, aquí no hay nada interesante." Cerraron bien la puerta, bajaron en silencio la escalera, corrieron de nuevo el armario; el resto del día los besos de Tancredi fueron leves, como si estuviese dándoselos en sueños, como si tuviera una culpa que purgar.

En realidad, después del Gatopardo, el látigo parecía ser el objeto más corriente en Donnafugata. Al otro día de haber descubierto el misterioso apartamentito, los dos enamorados se toparon con un látigo de muy distinta clase. De hecho, no lo encontraron en los apartamentos desconocidos, sino en un sitio venerado, las habitaciones del "Duque Santo", situadas en la parte más remota del palacio. Allí, a mediados del siglo XVII, un Salina se había retirado como en una especie de convento privado, para hacer penitencia y preparar su propio itinerario hacia el Cielo. Eran habitaciones estrechas, de techo bajo, con humildes baldosas de arcilla y paredes enjalbegadas, como en las casas de campesinos más pobres. La última daba a un pequeño balcón desde donde podía contemplarse un paisaje ilimitado de feudos que se extendían bajo la claridad melancólica. En una pared había un inmenso Crucifijo más grande que el original: la cabeza del Dios martirizado tocaba el techo, los pies ensangrentados rozaban el suelo: la herida del flanco parecía una boca a la que brutalmente le hubiesen impedido pronunciar las últimas palabras salvadoras. Junto al cadáver divino, colgando de un clavo, un látigo de cuyo corto mango partían seis tiras de cuero ya endurecido, con seis bolas de plomo en los extremos, gruesas como avellanas. Era la "disciplina" del Duque Santo. En aquella habitación Giuseppe Corbera, duque de Salina, se daba azotes en presencia de su Dios y de su feudo, y debía de parecerle que las gotas de sangre lloverían sobre las tierras para redimirlas; en su violenta devoción, debía de pensar que sólo ese bautismo expiatorio las haría realmente suyas, sangre de su sangre, carne de su carne, como suele decirse. Pero, en cambio, las habían ido perdiendo: muchas de las que ahora contemplaban tenían otros dueños, don Calogero entre ellos; don Calogero, o sea Angelica y, por tanto, el hijo que vendría. Al pensar en esa redención por la belleza, paralela a la otra redención por la sangre, Tancredi sintió una especie de vértigo. Arrodillada, Angelica besaba los perforados pies de Cristo. "Mira, tú eres como ese trasto; sirves para lo mismo." Y señalaba la disciplina: luego, al ver que Angelica no entendía y, bella pero torpe, alzaba la cabeza sonriendo, se inclinó y así como estaba le dio un beso tan violento que, al herirla en el labio y rasparle el paladar, le arrancó un gemido.

Así pasaban los días, errando en un mundo de ensueño, descubriendo infiernos que luego redimía el amor, encontrando paraísos perdidos que después el mismo amor profanaba; ambos sentían la apremiante tentación de concluir el juego y embolsar sin más la ganancia; al final ya no exploraban: se dirigían en silencio hacia las habitaciones más apartadas, donde hubiesen podido gritar sin riesgo de ser oídos; pero en vez de gritos sólo habría ardientes súplicas y sollozos apagados. O ni siquiera eso, pues todo lo que hacían era permanecer allí, abrazados e inocentes, compadeciéndose el uno al otro. En las habitaciones antaño reservadas a los huéspedes era donde más peligro corrían: aisladas, mejor provistas, cada una con su espléndida cama y su colchón enrollado, que hubiese podido extenderse de un solo manotazo... Cierto día en que, no el cerebro de Tancredi, que en eso no pintaba para nada, sino su sangre toda había decidido acabar de una vez –aquella misma mañana Angelica, la muy pícara, le había dicho: "Soy tu novicia", evocando en su memoria con la nitidez de una invitación la primera oportunidad en que los deseos de ambos se habían encontrado–, y cuando ya la mujer, tras dejarse despeinar, se le entregaba, cuando ya el varón estaba a punto de eclipsar al hombre, el fragor de la gran campana de la iglesia pareció desplomarse sobre los cuerpos que yacían temblorosos, volcando en ellos sus propias vibraciones; una sonrisa vino entonces a separar las confundidas bocas; los jóvenes recobraron el dominio de sí mismos; Tancredi partiría al día siguiente.

Aquéllos fueron los mejores días de la vida de Tancredi, los mejores también de la de Angelica, esas vidas que luego serían tan agitadas, tan pecaminosas, sobre el inevitable fondo de dolor. Pero entonces lo ignoraban y corrían hacia un futuro que consideraban más concreto aunque más tarde resultaría tan inconsistente como el viento o la humareda. Desde la inútil sabiduría de la vejez a menudo evocaron con nostalgia aquellos días: habían sido los días del deseo siempre presente porque siempre derrotado, de los lechos que tantas veces se les habían ofrecido y ellos habían acabado rechazando, del estímulo sensual que precisamente al ser inhibido por un instante se había sublimado en renuncia, es decir en amor verdadero. Fueron los días en que se preparaban para aquel matrimonio que, también en lo erótico, fracasaría; por la preparación misma se plasmó como algo aparte, una experiencia deliciosa y breve: como esas sinfonías que perduran cuando las óperas han caído en el olvido, y que, en su alegría velada de pudor, contienen, apenas bosquejadas, todas las arias que luego en la ópera se desplegarán sin elegancia y acabarán malográndola.

Cuando, después de aquel exilio en el universo de los vicios extintos, las virtudes olvidadas y, sobre todo, el deseo perenne, Angelica y Tancredi regresaban al mundo de los vivos, se les dispensaba una acogida tan benevolente como irónica. "Pues sí que sois tontos, chicos; ir a meterse entre todo ese polvo. Tú, Tancredi, mira cómo te has puesto", decía sonriendo Don Fabrizio; y el sobrino iba a hacerse cepillar la ropa. Cavriaghi, sentado a horcajadas en una silla, fumaba con aire compungido un Virginia mientras su amigo se lavaba la cara y el cuello y resoplaba contrariado al ver que el agua se volvía negra como carbón. "Claro que sí, Falconeri: la señorita Angelica es la 'chavala' más bella que jamás he conocido; pero eso no te justifica. ¡Santo Dios, a ver si os calmáis un poco! Hoy habéis pasado tres horas solos; si tan enamorados estáis, casaos ya y dejad de hacer el ridículo. ¡Si hubieras visto la cara que puso hoy el padre cuando, al salir de la administración, se enteró de que aún estabais navegando en ese océano de habitaciones! ¡Frenos, amigo mío, eso es lo que necesitáis, y falta que os hacen a vosotros los Sicilianos!".

En aquellos apartamentos abandonados, las habitaciones carecían de fisonomía precisa y de nombre; los jóvenes bautizaban los lugares por los que iban pasando; como los descubridores del Nuevo Mundo.

De *El Gatopardo* (Edhasa) Se agradece la colaboración de la librería La Central (Barcelona): www.lacentral.com - informacio@lacentral.com

l i t e r a t o s

Cuatro jóvenes amigos intervinieron en un concurso literario. Deduzca con qué seudónimo y cuál es la obra de cada uno sabiendo que este "quién es quién" es un poco diferente pues las pistas no son afirmaciones, sino que todas expresan una condición: cada una indica que "si pasa tal cosa, entonces sucede tal otra". En el recuadro le explicamos cómo manejarse con los condicionales, lo cual ayudará a extraer conclusiones. Guiándose por estas reglas, vaya viendo cuáles datos pueden ser verdaderos y cuáles falsos. Si aparece alguna contradicción, es señal de que el camino seguido no lleva a la solución. En este caso, revise lo andado y comience de nuevo.

1. Si "Gracia" no es libro de cuentos, entonces Gris escribió "Fronda".
2. Si Gris escribió "Fronda", entonces Blanes no escribió "Destino".
3. Si Blanes no escribió "Destino", entonces Gris escribió "Gracia".
4. Si Gris escribió "Gracia", entonces Gris es Arcos.
5. Si Gris es Arcos, entonces Arcos escribió cuentos.
6. Si Doble no es Blanes, entonces "Gracia" es biografía.
7. Si Doble es Blanes, entonces Castro escribió "Fronda".
8. Si Castro no escribió cuentos, entonces Gris escribió cuentos.
9. Si Arcos escribió cuentos, entonces Alma escribió "Extasis".
10. Si Blanes escribió "Destino", entonces "Fronda" es novela.
11. Si "Fronda" es novela, entonces "Destino" no es libro de poesía.



COMO USAR LAS PISTAS
- Cada pista tiene la forma "Si pasa **A**, entonces pasa **B**".
- Cuando **A** es verdadero, por fuerza **B** también lo es.
- Cuando **A** es falso, no se pueden sacar conclusiones sobre **B**: **B** puede ser verdadero o falso.
- Cuando **B** es falso, **A** también es falso.
- Cuando **B** es verdadero, no se pueden sacar conclusiones sobre **A**: **A** puede ser verdadero o falso.

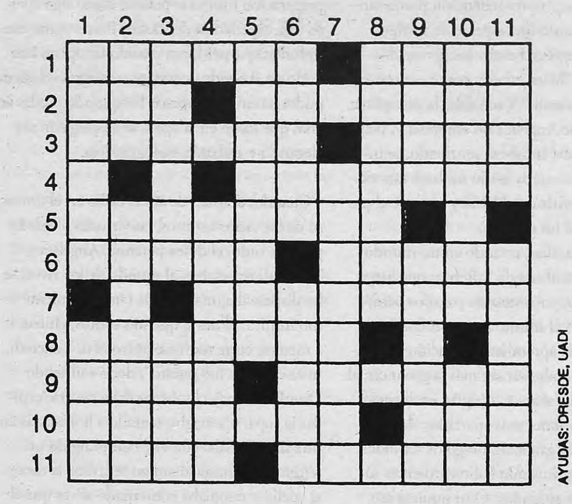
	Apellido: Arcos	Blanes	Castro	Dorio	Obra: "Destino"	"Extasis"	"Fronda"	"Gracia"	Género: Biografía	Cuentos	Novela	Poesía
Seudónimo Alma												
Doble												
Gris												
Indio												
Género Biografía												
Cuentos												
Novela												
Poesía												
Obra "Destino"												
"Extasis"												
"Fronda"												
"Gracia"												

c r u c i - c l i p

Anote las palabras siguiendo las flechas.

Río de España / (Johann W.) Escritor alemán / Por tanto, luego / Viaje largo y lleno de aventuras / Aptos, convenientes / Parte giratoria de un motor / Grupo de rock británico / Mar griego / Estado de Asia / Labor de relieve, con hilo y aguja / En química, etileno / Dirigí, goberné / Observé desde lo alto / Me percaté, percibí / Autillos / El que se dedica a la literatura / Terreno con plantas / Preparen las eras / A gran distancia / Dividir en trozos / Que tienen mucha paja (fem.) / Personaje bíblico / Acomodo, arreglo / En telegrafía, punto / Macho de la vaca / Flor blanca olorosa / Completa, entera / Ciruelo silvestre / Vuelo a gran distancia / División de una obra de teatro / (... Bancroft) actriz de cine / Acusados de delitos / Conjunto de las crías en el nido / Distinto / Rezas

c r u c i g r a m a



AYUDAS: DRESDE, UADI

HORIZONTALES

1. Traje de faena./ Mueble sanitario.
2. Perro./ Obturar, poner un tapón.
3. Singular, extraordinario (pl.)./ Consonante.
4. Exceder de un límite.
5. Sitio en que abunda el almagre.
6. Inundación, crecida./ Lienzo que cubre el escenario.
7. Operario, artífice.
8. Una de las velocidades del automóvil.
9. (Halfa) Ciudad del Sudán./ Partidaria, aficionada.
10. Griterío de censura./ Plural de vocal.
11. Que goza de buena salud./ Capital de Sajonia sobre el Elba.

VERTICALES

1. Tomar posesión de una cosa./ Pinches delgados y puntiagudos.
2. Se encaminan./ Giraba cheques u órdenes de pago.
3. Cosa difícil de entender./ Divinidad escandinava.
4. Relativo a Adán.
5. Concederé.
6. Aparato que permite obtener haces concentrados de luz coherente./ Trasladad hacia aquí.
7. En béisbol, el que batea.
8. Artificios que cubren la boca.
9. Nombre de mujer./ Arrojes.
10. Pusieron la data./ Nombre del senador norteamericano Kennedy.
11. Disponer las eras en el huerto./ Advirtiese.

s o l u c i o n e s



l i t e r a t o s

Alma, Dorio, "Extasis", poesía.
Doble, Blanes, "Destino", biografía.
Gris, Arcos, "Gracia", cuentos.
Indio, Castro, "Fronda", novela.

c r u c i - c l i p

c r u c i g r a m a

